

nem in baptismo, renuntiasti sæculo et pompis ejus coram multis testibus, coram sacerdotibus vel ministris, virtutibusque cælestibus. S. HIERON. IN EPIST. I AD TIMOTH.

Si baptizata est caro Christi quæ sine peccato erat, propter exemplum imitationis, quando magis baptizanda est caro mortis propter evitandum judicium damnationis? S. AUG. IN EPIST. L.

Baptismus non corporis est lavatio, sed animæ. ID. IN EVANG. JOANN.

ficante profesion, por quanto renunciaste al mundo y á todas sus pompas en presencia de muchos testigos, delante de los sacerdotes ó ministros y de toda la corte celestial.

Si fué bautizado el cuerpo santísimo de Jesucristo, que era impecable, para darnos ejemplo, ¿cuánto mas necesita el bautismo el cuerpo de un pecador para evitar su condenacion.

El bautismo es un medio para lavar el alma y no el cuerpo.

BENDICION DE BANDERAS.

Posuerunt signa sua, et non cognoverunt sicut in exitu super summum.

Pusieron sus banderas en el templo, y no conocieron cual era el fin de esta piadosa solemnidad.

(*Psalm. LXXIII, 4.*)

No os parezca, señores, que vengo al santuario de la paz á pronunciar un discurso evangélico, con motivo de una ceremonia santa, para despertar en vosotros ideas de fuego y sangre, y para animaros á conseguir victorias: aquella palabra, cuyo ministro soy, es palabra de reconciliacion y de vida, destinada á reunir los griegos y los bárbaros, á hacer que habiten juntos, segun la expresion del Profeta, los leones, las águilas, y los corderos; á juntar bajo una misma

cabeza todas las lenguas, todas las tribus, y todas las naciones; á calmar las pasiones de los príncipes y de los pueblos; á confundir sus intereses, destruir sus envidias, poner límites á su ambicion, é inspirar unos mismos deseos á todos aquellos que tienen una misma esperanza; y si alguna vez aconseja guerras y batallas, son unas guerras que todas se terminan dentro del corazon, y unas batallas de la gracia.

Ademas de que me acuerdo, de que estoy hablando en presencia del mismo altar del Cordero, que vino á pacificar el cielo y la tierra.

Tened pues á bien, señores, que dejando á parte el cuerpo, por decirlo así, y las exterioridades de esta ceremonia, os manifieste su espíritu; que sin meterme á examinar su antigüedad y grandeza, solamente me detenga en la utilidad que en ella se halla; y que en vez de hablar de la gloria de las armas, y del aprecio que siempre han hecho de ella los pueblos, os hable de los peligros de este estado, y de los medios para conseguir en él una gloria inmortal y sólida. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. ¿Por qué os parece que aun las naciones mas bárbaras, todas tienen una especie de religion militar, y que su culto se halla siempre mezclado con las armas? ¿Por qué os parece que los romanos se manifestaban tan celosos de poner sus águilas y sus dioses á la frente de sus legiones, y que los demas pueblos escogian lo mas sagrado de sus supersticiones, y pintaban sus jeroglíficos y figuras en sus estandartes? Esto era sin duda para que el tumulto y la agitacion de las guerras no fuese motivo de que se olvidasen los hombres de lo que deben á Dios, que preside en ellas, y para que teniéndolo continuamente á la vista, se hallasen como en una infeliz imposibilidad de olvidarse de él. ¿Por qué Constantino, despues de conquistarle para sí la cruz, hizo levantar esta señal de todas las naciones en medio de sus ejércitos? Y finalmente, ¿por qué aun el dia de hoy consagra la Iglesia con oraciones de paz y caridad estas fatales señales de la disension y de la guerra? Esto es sin duda para que tengais presente, que aun la misma guerra es una especie de culto religioso; que el Dios de los ejércitos es el que preside á las victorias y batallas; que los conquistadores, las mas veces, no son entre sus manos mas que instrumentos de ira de que se vale para castigar los pecados de los pueblos; que no hay mas verdadero valor que el que nace de la religion y de la piedad: y, finalmente, que las guerras y revoluciones de los estados son un puro juguete á la vista de Dios, y una mutacion de escena en el universo: que solamente Dios es inmutable, y

él solo puede fijar las inquietudes é insaciables deseos del corazón humano.

2. Es verdad, señores, que la virtud, que tan penosa es aun en los claustros, en donde todo la está inspirando, y tan rara en el siglo, en donde la mantienen las comunes obligaciones de la religion, halla en las distracciones y libertad de las armas obstáculos, y escollos contra los que todos los dias estamos viendo tropezar las mas bellas esperanzas de la educacion, los mas felices presagios de un buen natural, y las mas afectuosas precauciones de la gracia. En esta profesion se ve algunas veces al pueblo de Dios, aun bajo la conducta de un Josué, y un general prudente y religioso, entregarse á los excesos y delitos de las naciones: en ella vemos á algunos cristianos, que ponen siempre su gloria en su confusion, y que hacen alarde de su ignominia: en ella Dios es tan desconocido como entre los pueblos infieles; y la mayor virtud no consiste en no tener pasiones, sino en que éstas sean nobles y famosas. ¿Son estos ¡oh Dios mio! los hombres que se arman para defender vuestra causa y la de vuestros altares? Vos, Señor, que no quereis que el pecador cuente vuestras justicias, ni que sea protector de vuestra alianza, ¿podreis confiar á unos brazos sacrilegos el cuidado de restablecer vuestro culto y la majestad de vuestros templos? ¿Qué mas os importa, Señor, el ser deshonrado con las culpas de los fieles, que con la infidelidad de vuestros enemigos?

Los que viven en el sosiego de las ciudades, y léjos de los peligros de la guerra, pueden tener alguna tranquilidad acerca de los desórdenes de su vida con la esperanza, de que en la edad mas avanzada enmendarán sus costumbres, y morirán cristianamente. Es verdad, que esta esperanza de los pecadores para en humo las mas de las veces; que el retardar el negocio de la salvacion para los años de la vejez y enfermedad es lo mismo que abandonarle; que nuestro Dios no es un Dios que sufra el ser burlado; que cuando se ve despreciado, él tambien desprecia. Con todo eso, la religion no nos permite desesperar: y algunas veces ¡oh Dios mio! habeis llamado á algunos obreros á la hora undécima del dia, y curado paralíticos de treinta años, acaso para precaver con estos prodigios la desesperacion de los verdaderos penitentes, y aun acaso tambien para entretener la falsa confianza de los pecadores.

Pero vosotros, señores, que entre los peligros y furores de la guerra no podeis contar con la vida mas que como con un tesoro, que está patente en medio de un camino real, que cada instante os estais viendo á las puertas de la eternidad, y que solamente estais

unidos al mundo y á sus placeres con el mas débil de todos sus lazos; ¡ah! ¿qué confianza podeis tener cuando os abandonais á las ignominiosas pasiones? ¿Con qué esperanza os podeis lisonjear? ¿La fundais acaso en aquellos instantes, que concedeis á la religion cuando estais para entrar en un combate, ó en la bendicion y oraciones del ministro? Pero decidme ahora, que os hallais tranquilos, ¿cuál es entónces el estado de vuestro corazón? ¿Os ha sucedido jamas, en semejantes ocasiones, el repasar en la amargura de vuestro corazón todos los años de vuestra vida? En aquel lance, de nada mas os acordais que de la fama, de la obligacion y del peligro; no hay tiempo ménos á propósito que aquel para pensar en la conciencia; y aun suelen desecharse estos pensamientos como si se opusieran al valor; suelen aumentarse los placeres y los excesos para divertirse y no pensar en el peligro, y casi siempre se pasa desde la culpa y el desórden á la muerte. ¡Oh, Dios mio! ¿qué desatino este tan terrible, y no obstante tan comun en las personas á quienes hablo! Bien lo sabeis, católicos, y muchas veces habeis visto desaparecer en el furor de las batallas á los compañeros de vuestros excesos. ¡Ah! si en aquella ocasion os hubiera herido la espada de la muerte, ¿cuál hubiera sido vuestro destino? ¿Qué alma hubierais presentado en el tribunal de Jesucristo? Su mano poderosa os libró, y os cubrió con su escudo; su mismo ángel apartó los golpes, que habiendo de decidir de vuestra vida, hubieran tambien decidido de vuestra eternidad. ¿Y en qué habeis empleado despues esta vida? ¡Ah! le habeis hecho servir á la iniquidad, y habeis convertido un miembro de Jesucristo en instrumento de ignominia: os habeis sabido aprovechar del peligro á que estuvisteis expuestos para adelantar vuestra fortuna, pero no os habeis aprovechado de él para vuestra salvacion. Temed, pues, el que volvais á veros en aquel fatal momento: temed que el Señor os entregue á vuestro propio destino, y que algun invisible golpe de su mano ponga fin á vuestras iniquidades, y dé principio á sus venganzas. ¡Qué digna es, señores, de lástima vuestra suerte! Es verdad, que la carrera de las armas es muy brillante á la vista de los sentidos; pero, atendiendo á la salvacion, es el mas terrible de todos los caminos. Estos son sus peligros: ahora os manifestaré los medios para libraros de ellos.

El brazo de Dios no está abreviado: en ningun estado es imposible la salvacion. El Señor en todas partes tiene escogidos; y los mismos peligros que sirven de escollo á los réprobos, son ocasion de mérito para los justos. Y para que conozeais mas claramente esta verdad, decidme: ¿qué peligros habrá en vuestro estado de que no

pueda libertaros la gracia? Bien sé que la ambicion es casi inevitable en un soldado; y que en la carrera militar el que no tiene aquellos nobles pensamientos, que nos hacen aspirar á los grandes puestos, tampoco tiene el valor que hace emprender grandes acciones; pero ademas de que el deseo de ver recompensados vuestros servicios, siendo moderado, no dominando absolutamente el corazon, no induciéndoos á buscar medios inícuos para conseguir vuestros fines, y para establecer vuestra fortuna sobre las ruinas de la de vuestros prójimos, nada tiene en sí que se oponga á la moral cristiana, ¿qué atractivo podeis hallar en las esperanzas humanas que os presenta, que sea mas digno de aprecio que la esperanza de los cristianos y las promesas de la fe? ¿Acaso los puestos, los honores, las distinciones, y la fama que tendreis en el mundo? Pero para llegar á conseguir esto, ¿por entre cuántos concurrentes hay que atreverse? ¿Cuántas circunstancias hay que combinar, las que casi nunca se hallan juntas? Ademas de esto, ¿os parece que el mérito decide siempre de la fortuna? Pero aun cuando correspondiera vuestra felicidad á vuestros deseos; aun cuando esas halagüeñas esperanzas, y esos sueños en que descansa vuestro espíritu llegaran algun dia á ser realidades, ¿qué son las felicidades de la tierra, atendida su fragilidad y corta duracion? ¿Qué nos ha quedado de aquellos nombres famosos, que tan gran papel hicieron en otro tiempo en el universo? No se dejaron ver mas que por un instante, é inmediatamente desaparecieron de la vista de los hombres. ¿Qué son, señores, los hombres en la tierra? Son unos personajes de teatro: aquí todo es falsedad, todo es una pura representacion; y aun lo que nos parece mas seguro y mas firmemente establecido, no es mas que una escena.

A vista de esto, ¿podremos formar proyectos de fortuna y de elevacion? ¿Mantendremos en nuestros corazones mil lisonjeras esperanzas? ¿Tomaremos á tanta costa infinitas medidas para proporcionarnos un instante de felicidad, sin dar jamas un paso para conseguir la que nunca tendrá fin? Esto es una especie de furor, de que no tendríamos por capaz al hombre, si no nos lo enseñara la experiencia. Ademas de que, ¿cómo puede hallarse sosiego en este corto instante de felicidad? Este se halla turbado con las sospechas, las envidias y los temores: con las inquietudes inevitables en los grandes empleos; con la inconstante suerte de las armas; con el favor de los concurrentes; con la fatiga de los artificios y ardidés; con los atajos de aquellos de quienes dependemos; con tantos reveses como hay que sufrir, y con la misma nada de las felicidades temporales, que vistas de léjos, excitan los deseos del corazon, pero tocadas de

cerca, no pueden fijarle ni satisfacerle. ¿Hay felicidad á quien no turben todas estas cosas? ¿Os parece, que aquellos á quienes vosotros mirais como felices en el mundo, se tienen ellos por tales? ¡Oh, Señor, á quien solamente pertenece la gloria y la grandeza! tiempo llegará en que conozca el hombre, que no puede hallar la felicidad durable y tranquila fuera de tí; que lo que aquí divierte al corazon, no puede satisfacerle; y que aun cuando pudiéramos prometernos una fortuna tranquila, esto no seria mas que como un vapor, que solo dura un instante, al que vemos nacer, engruesarse, subir, extenderse y desvanecerse en un momento.

Y lo mas digno de lástima respecto de vosotros, amados oyentes, es, que en un ejercicio tan áspero y trabajoso, en unos empleos cuyas obligaciones exceden algunas veces al rigor y á los trabajos de los claustros mas ásperos, siempre padeceis en vano para la otra vida, y aun muchas veces para ésta. ¡Ah! á lo ménos el solitario en su retiro, obligado á mortificar su carne y á sujetarla al espíritu, se mantiene con la esperanza de una recompensa segura, y con los interiores consuelos de la gracia que le aligera el yugo del Señor; pero vosotros ¿os atreveréis á presentar á Jesucristo en la hora de la muerte vuestras fatigas y los continuos pesares de vuestro ejercicio? ¿Os atreveréis á pedirle, que premie vuestros servicios? Diez años de servicio han consumido mas vuestros cuerpos, que si los hubierais dedicado á la penitencia. ¡Ah, hermanos míos! un solo dia de estos trabajos consagrado al Señor, acaso os hubiera valido una eterna felicidad; una sola accion, penosa á la naturaleza, y ofrecida á Jesucristo, acaso os hubiera asegurado la herencia de los santos; pues, ¿por qué habeis de trabajar tan inútilmente por el mundo?

El regalo y la ociosidad condenan á los que habitan en las ciudades; pero á vosotros, señores, os condenará el mal uso que habeis hecho de vuestros trabajos y fatigas: sacrificais vuestro descanso, vuestros placeres, y aun vuestras mismas necesidades, cuando se interesa la obligacion del servicio; pues esto es lo mas difícil; y lo que queda que hacer por la salvacion, casi nada cuesta; sufrid estos trabajos con una fe cristiana: ofrecedlos al Dios justo como precio de vuestras iniquidades; y supuesto que es necesario padecer, no padezcáis sin mérito: de este modo, no se perderán vuestros servicios; y los frutos de la guerra serán para vosotros frutos de paz y de eternidad. De este modo, señores, aun la misma ambicion puede convertirse en medio para conseguir la gracia.

Acaso me direis, que ¿cómo se puede componer la reputacion del valor, tan esencial en vuestro estado, con la mansedumbre y humil-

dad cristiana? Pero, ¿en qué os parece, señores, que consiste el valor? ¿Os parece, acaso, que consiste en tener un génio altivo, un corazón inquieto, un ardor que no puede apagarse sino con sangre, una ansia mal gobernada por la fama, unas ridículas demostraciones de soberbia, y una bajeza de ánimo que gusta de exponerse á los peligros solamente por tener despues la gloria de haber salido de ellos? ¿Qué siglo ha estado tan corregido como el nuestro en este particular? ¿En qué fundan los hombres prudentes el verdadero valor? ¿No le fundan en la prudencia, en la circunspeccion, y en la madurez? ¿Cuál ha sido el distintivo de los grandes hombres, que se han visto á la frente de nuestros ejércitos, y cuyos nombres son todavía tan amados? Los Juanes de Austria, los Gonzalos, los Hernandos Cortés, ¿por qué camino llegaron á aquel alto punto de gloria y fama, cuyos límites ya nadie puede pasar? Nosotros, señores, formamos muy falsas ideas de las cosas: el valor cuando no se halla bien colocado no es virtud; aquel ardor noble, que en los combates es generosidad y grandeza de alma, fuera de ellos no es mas que barbaridad, niñería, ó falta de talento. Pero acaso me direis, ¿qué idea me parece se forma entre la gente de guerra, de un hombre que en algun modo vive entregado á la devocion? ¡Ah, Señor! ¿es posible que se ha de mirar como grande honor el servir á los reyes de la tierra, y se ha de tener por bajeza y cobardía el ser fiel á tí? Antiguamente, ¿qué soldados habia en los ejércitos de los emperadores paganos mas intrépidos que los cristianos? Con todo eso, señores, aquellos hombres, no obstante la libertad de la milicia, tenian sus horas señaladas para la oracion.

Creedme, señores; la religion léjos de acobardar el ánimo le tranquiliza; el que vive sosegado acerca de lo que le espera despues de la muerte, no la teme tanto: una conciencia libre de culpas mira los peligros á sangre fria, y los desafía con valor cuando la obligacion la pone en ellos: nada hay que iguale al valor santo de un corazón que pelea á vista de Dios, y que al mismo tiempo que defiende la causa de su príncipe, honra al Señor, y respeta su poder en el de su soberano. La virtud por sí misma es grandeza de ánimo; no hay cosa mas heroica, ni mas digna del corazón, que el imperio que un hombre justo tiene sobre todas sus pasiones. ¡Ah! para esto es necesario haber nacido con un corazón magnánimo: la gracia tiene tambien sus héroes, que en nada ceden á los que admiraron los pasados siglos; y es indubitable, que el que está acostumbrado á vencer á sus enemigos domésticos, y á despreciar los halagos de los sentidos, no temerá á los enemigos del Estado, y le costará ménos trabajo el exponer

valerosamente su propia vida. Moisés, Josué, David y Ezequías fueron grandes soldados, y al propio tiempo grandes santos: fueron héroes del siglo y de la religion; los siglos cristianos han tenido Constantino y Teodosio, terribles á la frente de sus ejércitos, y humildes y religiosos al pié de los altares. Procurad vosotros hacer lo propio.

Derrama ¡oh Dios de los ejércitos! el espíritu de fe y de piedad sobre estos guerreros: bendice tú mismo estas sagradas banderas; pon en ellas señales de santidad, con las que en medio de las batallas conforten la fe de los que mueren, é inflamen el valor de los que pelean: haz que sean señales seguras de la victoria: cubre con tus alas á este ilustre regimiento, que te las presenta en este templo: aparta con tu mano los dardos del enemigo; sirvele de escudo en los sucesos tan varios de la guerra; ampáralos con tu fuerza: pon á su frente aquel ángel terrible de que te serviste en otro tiempo para exterminar á los asirios: haz que siempre vayan precedidos de la victoria: infunde en sus enemigos el terror y el espanto, y haz que experimenten su valor los enemigos de nuestra gloria. Pero no hagas esto, Señor; antes bien apacigua los espíritus, y oye los clamores de los justos, que compadecidos de las calamidades de Israel te dicen todos los dias: Señor, de tí esperamos la paz y los consuelos; que desaparezcan pues las turbaciones.

Tened á bien, oyentes, que para acabar os diga, que nuestros pecados son la causa de cuantos males nos abruman: lloremos pues nuestras culpas; aplaquemos al Señor, mudando de costumbres: restablezcamos la paz de Jesucristo en nuestros corazones: sosegemos nuestras pasiones y nuestros enemigos domésticos, y presto reinará la paz y la dicha en todas partes; y á esta paz y dicha sucederá el eterno descanso del cielo. Amen.

BENDICION DE UNA BANDERA

DE LA MILICIA URBANA.

DISCURSO.

Señores, ya sabéis que la religión y la patria son hermanas, y que su unión, sancionada por las divinas bendiciones, sería la mejor garantía de la paz y de nuestras glorias.

Sí, señores; este noble estandarte, sobre el cual ha invocado la fe las bendiciones del cielo, lo llevareis desplegado á la vista de vuestro batallón como un símbolo de protección y de orden. Y nosotros, al bendecirle, tenemos la dicha de proclamar á la faz del hermoso cielo que nos ilumina, que la milicia urbana de... sabrá conservar intacto y defender en caso necesario el honor de su bandera.

A vuestro patriotismo se ha encargado la defensa de los grandes principios de la autoridad y la libertad. La religión solamente puede conservar al mundo estos dos principios fundamentales de las sociedades humanas. Cuando degenera en una nación el respeto á la autoridad, es un signo de decadencia, y digámoslo así, el precursor de su próxima ruina: vosotros, empero, sereis por convicción los entusiastas defensores de la autoridad, lo cual os será fácil; vuestros jefes y superiores han sido elegidos por vosotros mismos; están á vuestro frente, porque vosotros lo habeis querido; los habeis elegido en prenda de vuestra estimación y de vuestro afecto.

Los temores que infunde el porvenir de nuestro país son grandes; sin embargo, si la patria parece, será por su culpa, porque un pueblo que dispone de una milicia urbana y de un ejército como los nuestros, este pueblo tiene en sí un principio de vitalidad, una fuerza invencible.

Vosotros sois también, señores, los salvaguardias de la libertad, y no se os haga extraño, que yo pronuncie esta palabra: la historia

de diez y ocho siglos puede atestiguar, que la Iglesia es la protectora de la libertad, así como es la salvaguardia del poder. El reconocimiento de los pueblos y el favor de los príncipes la colmaron algunas veces de honores y de riquezas; pero la Iglesia no siente haber perdido estos privilegios, otorgados acaso con la mira de obligarla á determinadas condiciones, ó de comprometer su noble independencia. Hoy la Iglesia no pide para sí sino lo que pide para los demás, esto es, una libertad verdadera, sincera, que deje realmente libre su acción: darle libertad por un lado y pretender esclavizarla por otro, sería una inconsecuencia; diré más, sería un crimen digno de los romanos de 1849. Por esto diré con el sumo pontífice Pío IX, que de esta libertad supuesta podremos ser los mártires, pero jamás los defensores y propagadores.

¡Ojalá, señores, que aunados los hombres por la mancomunidad de intereses, fraternicen cordialmente! Si no procuramos realizar este deseo, la sociedad será al fin víctima de la incesante lucha de dos partidos: el partido del orden, y el de la destrucción: olvidemos pues nuestras antiguas disensiones, amémonos unos á otros; harto tenemos que sufrir en este mundo para que podamos desatender lo que mitiga nuestras penalidades, el amor. ¿Puede darse mayor consuelo que la satisfacción con que un hermano trata á otro hermano, cual debe el hombre tratar á sus semejantes?

Amaos unos á otros, os diré en nombre de Jesucristo, de la Iglesia, en nombre de la patria. Bastantes lágrimas han brotado de vuestros ojos, bastante sangre han derramado vuestras venas: es ya tiempo de cicatrizar sus heridas, es ya tiempo de que el amor á Dios y al prójimo se confundan en uno, y llenando completamente el corazón, creen en él una agradable atmósfera, el ambiente de la gloria y de la felicidad.